

25 años de openDemocracy haciendo frente al status quo

Por: Anthony Barnett. 08/01/2024

Nuestro redactor jefe fundador reflexiona sobre cómo ha cambiado el mundo -y este sitio web- en el último cuarto de siglo.

Hace ahora 25 años que se concibió openDemocracy: es hora de que deje su junta directiva para convertirme en su presidente honorario. ¿Cómo ha cambiado el mundo en este cuarto de siglo y cómo ha respondido openDemocracy? Se trata de una doble narración que puede aportar lecciones para la próxima década.

Porque estamos en peligro inmediato de una manera que es nueva. El clima, nuestras democracias para quienes disfrutan de ellas, el bienestar económico de los pueblos en todas partes: todo está en peligro en estos tiempos crueles, fraudulentos y amargos. Terribles guerras en África, Oriente Medio y el Mar Negro amenazan también con desestabilizar el enfrentamiento nuclear de las grandes potencias. Para empeorar aún más las cosas, la web, que podría ser un ámbito de comunicación honesto y compartido, se está corrompiendo.

Por tomar sólo un aspecto de la “policrisis”: si Donald Trump gana la presidencia de EE.UU. en 2024, como predicen las encuestas de opinión, podría ser nuestro 1933: un líder violento y sin ley comprometido a asegurar el poder para su minoría blanca al mando del mayor sistema de vigilancia y militar que el mundo ha conocido.

En 2016, Trump era un outsider que se presentó por publicidad y ego y no esperaba ganar. Su victoria fue como una fuga de la cárcel para muchos, un reproche comprensible a las décadas Clinton-Bush-Obama de derrota militar, colapso financiero y desigualdad disparada, algo que analicé en mi libro [“The Lure of Greatness”](#). En 2024, una supremacía de Trump será muy diferente. Ahora que es un político experimentado, ha rehecho el Partido Republicano a su imagen y semejanza, y él y sus partidarios se comprometerán a no volver a perder el poder.

Además, Trump es un negacionista del clima. Las generaciones posteriores pueden reparar la catástrofe política más grave, pero el colapso climático es irreversible. Si Estados Unidos abandona incluso sus esfuerzos actuales para mitigar lo que ya puede ser una retroalimentación autoacelerada, ¿qué esperanza hay para nuestro

medio ambiente?

Sin embargo, ahora dos gigantes petroleros estadounidenses, ExxonMobil y Chevron, rebosantes de dinero gracias a los altos precios del gas, están invirtiendo 60.000 y 50.000 millones de dólares respectivamente en el crecimiento del consumo de combustibles fósiles. Como [informa The New York Times](#), están “duplicando” el consumo de carbono, haciendo “enormes apuestas por el petróleo para los años venideros”.

El peligro no es algo que pueda ocurrir en el futuro. El propio status quo es el mayor peligro

Esas “apuestas” son también una apuesta masiva a que la administración Biden fracasará a la hora de sustituir el consumo de carbono por energías renovables. Parece que una parte significativa de la América corporativa está apostando por una nueva presidencia de Trump.

Sin embargo, como el capote de un torero, el grito de “¡Peligro!” puede llevarnos a embestir más allá de su origen. Hoy el peligro no es algo que pueda ocurrir en el futuro. El status quo en sí mismo es el mayor peligro: para nuestro clima, nuestras democracias, nuestro bienestar económico, nuestro futuro como seres humanos y nuestro derecho a hablar y publicar sin ser destrozados y puestos en la picota.

El status quo es más que un conjunto de instituciones. Es un conjunto de intereses contrapuestos, dinámico y en constante evolución. Nótese bien que no es una singularidad. El capitalismo no es un sistema unificado que se desarrolle de acuerdo con sus propios imperativos económicos: en términos mundiales, es una lucha de desarrollo desigual, impulsada por Estados nacionales que luchan entre sí.

openDemocracy issue 1

Image not found or type unknown

openDemocracy issue 1 | openDemocracy

2001: de la globalización a la guerra

¿En qué se diferencia el mundo actual del mundo en el que lanzamos

openDemocracy en mayo de 2001? La gran diferencia es que a principios del milenio había muchas cosas potencialmente positivas en el “statu quo”. China entraba en la Organización Mundial del Comercio y sacaba a cientos de millones de personas de la pobreza. Unos meses antes, el político más concienciado con el clima del mundo había obtenido el mayor número de votos para la presidencia de EE.UU., y aunque George W. Bush había robado las elecciones, seguía siendo un idiota y había esperanzas de que Al Gore pudiera ganar en 2004. Y lo que es más importante, el Protocolo de Kioto entraba en vigor. Vladimir Putin estaba devolviendo a Rusia el orgullo que tanto necesitaba. La UE se unía con su propia moneda y se expandía para convertirse en el hogar de Europa del Este. Y aunque Tony Blair había vendido el pase sobre el futuro democrático del Reino Unido (desencadenando [la creación de openDemocracy](#)), la Ley de Derechos Humanos y la Ley de Libertad de Información acababan de entrar en vigor, tanto el NHS como la educación pública británica se habían salvado y el programa Sure Start para niños desfavorecidos había comenzado.

Por encima de todo, estaba Internet y la recién creada World Wide Web. Sus riesgos eran evidentes: la financiarización del capital y la comercialización de la televisión habían creado una “sociedad del espectáculo” que disolvía las clases y convertía a los individuos en consumidores. La web amenazaba con intensificar esta situación, pero también ofrecía nuevas formas de agencia colectiva y comunicación honesta.

Decidimos aprovechar la oportunidad. Así lo expresó Susan Richards, una de las cuatro cofundadoras junto con Paul Hilder, David Hayes y yo, en [su reflexión del décimo aniversario](#):

Habíamos crecido con medios de comunicación que nos decían lo que teníamos que pensar. Nuestro foro mundial tenía que ser diferente. Necesitábamos construir un lugar lo suficientemente fuerte como para plantear grandes preguntas. Un crisol que pudiera contener la diferencia. Un lugar que acogiera un debate civilizado sobre cómo diseñar un futuro común, más justo, democrático y sostenible que el pasado.

Accesible a todas las culturas, a la gente de todo el mundo, tenía que ser un lugar donde las voces de los marginados y oprimidos contaran tanto como las de los poderosos. Un lugar donde el poder rindiera cuentas.

David Hayes, Anthony Barnett, Paul Hilder and Susan Richards at an openDemocracy p

Image not found or type unknown

(De izq. a dcha.) David Hayes, Anthony Barnett, Paul Hilder y Susan Richards en una reunión de planificación de openDemocracy a principios de 2001, antes de que la publicación tuviera oficina propia. | Fran Ware

Desde el principio identificamos la “globalización” como un tema definitorio (junto con otros como los medios de comunicación, la ciudad y el campo, y la UE). No esperábamos debatir sobre la guerra y el terrorismo.

La “Batalla de Seattle” de 1999 contra una reunión de la Organización Mundial del Comercio demostró que la globalización ya estaba en entredicho. Y, poco después de nuestro lanzamiento, la policía italiana mostró una ferocidad increíble al [atacar a](#) la gente que se reunía para protestar contra una cumbre del G8 en Génova (Italia).

A riot policeman shoves a demonstrator in Seattle, 1 December 1999

Image not found or type unknown

The Battle of Seattle, 1 December 1999 | Mike Nelson/AFP via Getty Images

Fui a París a [entrevistar a Maria Cattau](#), que dirigía la Cámara de Comercio Internacional, y organicé dos [encuentros](#) con Peter Sutherland, que había creado la Organización Mundial del Comercio, en su despacho londinense de Goldman Sachs. Los escritores [Caspar Henderson](#) y [George Monbiot](#) hablaron del [gobierno de la globalización](#). Hubo dos conversaciones con [Susan George](#), la crítica pionera del tratamiento del Sur Global, que con sabiduría y experiencia intentó que los militantes antiglobalización se comprometieran con la realidad. En su [encuentro](#) con el historiador y activista [Ezequiel Adamovsky](#), en 2004, ya se puede intuir la fatal incapacidad del movimiento “altermundialista” para escapar de la autoestima izquierdista.

No conseguimos que el poder rindiera cuentas ni persuadimos a la izquierda para que abrazara un verdadero debate. Pero organizamos un apasionante [intercambio en ocho partes](#) entre dos profesores genuinamente interesados en los argumentos del otro: Paul Hirst y David Held. Para Held, la globalización es irreversible y espera un gobierno democrático mundial. Hirst insistía en que, por el contrario, el escenario

de la democracia sigue siendo el Estado-nación. Además, al igual que el primer periodo de globalización -que siguió a la invención del telégrafo- terminó con la Primera Guerra Mundial, la globalización actual también podría invertirse.

Recuerdo que discutí el intercambio con el teórico político [Tom Nairn](#) y estuvimos de acuerdo en que Paul tenía más argumentos. No imaginábamos que la guerra de trincheras pudiera volver a las fronteras europeas.

Estaba convencido de que el 5% o el 10% de los más de un millón de lectores de The Economist querrían un debate sobre la sociedad global que se estaban llevando a cabo. No lo hicieron.

La prueba crucial para openDemocracy llegó cuando apenas tenía cuatro meses de vida, con el 11 de septiembre. Nuestro editor estadounidense, Todd Gitlin, vio caer las Torres Gemelas desde la ventana de la cocina de su casa en Nueva York y escribió “¿Es [éste nuestro destino?](#)”. Intuyó y se opuso al desastroso “espasmo de venganza” que se avecinaba. Lo publiqué el mismo día y abandoné la pieza central de nuestro plan editorial, que consistía en crear “números” quincenales. Pasamos a ser diarios, construyendo un debate genuinamente global bajo el título “¿Es el terror la nueva guerra fría?”. Como dice Adam Ramsay en su [breve historia](#), openDemocracy había encontrado su voz.

openDemocracy issue 7, 25 September 2001

Image not found or type unknown

openDemocracy número 7, 25 de septiembre de 2001 | openDemocracy

A partir de entonces, los preparativos de la invasión de Irak y la propia guerra dominaron gran parte de [nuestra cobertura](#). Organizamos un foro repleto de estrellas, como [John le Carré](#), [Günter Grass](#), [Adonis](#), [Jacqueline Rose](#), [José Saramago](#), [Timothy Garton Ash](#), [John Berger](#), [David Hare](#), [Ian McEwan](#), [Roger Scruton](#), [Paul Gilroy](#), [Salman Rushdie](#), [Arnold Wesker](#), [Ben Okri](#), [Anita Roddick](#) y muchos otros. Estoy especialmente orgulloso de “[Iraqi Voices](#)”, donde iraquíes, y no forasteros, debatían si su país debía ser invadido. David Hayes escribió [un resumen](#) de nuestra cobertura de Iraq con muchos más enlaces.

En abril de 2003, cuando las tropas estadounidenses se acercaban a Bagdad, Paul

Rogers no sólo predijo que estaba a punto de comenzar “[una guerra de treinta años](#)”, sino que explicó por qué tres tendencias clave -demográfica, educativa y mediática- garantizarían un inmenso retroceso regional. Trágicamente, esto comenzó aquel agosto con el atentado suicida contra las oficinas de Naciones Unidas en Bagdad. Justo en el momento en que Gil Loescher y Arthur Helton, que estaban informando para nosotros sobre los refugiados, se encontraban allí entrevistando al jefe de la misión de la ONU, Sergio Vieira de Mello. Él, Arthur y otras 20 personas fueron asesinados. Gil perdió las piernas y más tarde publicamos su escalofriante relato: [No iba a morir entre los escombros](#)”.

Tras el lanzamiento

El 11-S y la guerra de Irak supusieron para openDemocracy un bautismo de fuego para el que no estábamos preparados. Estaba convencido de que el 5% o el 10% de los más de un millón de lectores de The Economist, que trabajan en agencias internacionales, ONG, equipos políticos e instituciones, querrían un debate sobre la sociedad global que estaban perpetrando. No es así. Dentro de sus intereses especializados, sí, y a nivel nacional también. Pero, como concluía James Curran en [su primera historia del sitio web](#), no había un público global, por pequeño que fuera. Mi cofundador Paul Hilder intuyó el reto desde el principio. En su [primer artículo](#) para openDemocracy, en agosto de 2001, dijo que el “ciudadano global” estaba llegando, pero que estábamos “todavía al principio” y necesitábamos “ardiente paciencia”.

Sin embargo, en todo el mundo había escritores que compartían mi impaciencia y querían publicar en un espacio comisariado independiente. Fue su don -desigual, irregular, pero auténtico- lo que garantizó la supervivencia del sitio. En una generosa carta de apoyo, [John le Carré](#) escribió: “Apoyen a openDemocracy: opiniones inteligentes, no compradas, no hiladas, verdades incómodas pero necesarias y muchos buenos argumentos: ¡el cielo sabe que escasean!”.

Me di cuenta de que se necesitaba a alguien más familiarizado con la web que yo para dirigirla y [Tony Curzon Price](#) aceptó asumir el cargo de redactor jefe en 2007. Más tarde [resumió](#) su opinión así: “El púlpito no convence a nadie. En cambio, creo que la credibilidad viene de estar abierto a leer, comentar y reflexionar”. Redujo los costes en casi un 70% y supervisó un aumento de la producción, ayudado por su editora, [Rosemary Bechler](#), que había estado con openDemocracy desde el principio y era de hecho nuestra quinta cofundadora.

Proliferación y crisis

Bajo su supervisión, cuando la crisis financiera barrió a los laboristas del poder y la “Primavera Árabe” y el movimiento Occupy despegaron, una nueva generación se apiló en openDemocracy. El abanico de buenos argumentos es impresionante, como puede verse en el [resumen](#) de Rosemary sobre el décimo aniversario de lo publicado a principios de 2011.

Se extendió desde Fred Halliday sobre “[La izquierda y la yihad](#)” a Mike Edwards sobre “[Amor, razón y el futuro de la sociedad civil](#)”, Rajeev Bhargava volviendo de la masacre de [Gujarat](#) y Nguyen Huu Dong sobre [la guerra de Vietnam](#). Desde Ann Pettifor en 2003 denunciando “[La próxima crisis de la deuda del primer mundo](#)” a Mark Fisher sobre “[Salir del castillo de los vampiros](#)” y Mary Kaldor en 2008 sobre “[Gaza: la “nueva guerra”](#)” escribiendo: “En última instancia, no puede haber fin a esta nueva guerra a menos que y hasta que los israelíes comiencen a ver a los palestinos como seres humanos”. Desde Vron Ware [contra](#) Paul Kingsnorth hasta Jeremy Gilbert sobre “[La posmodernidad y la crisis de la democracia](#)”, pasando por Satbir Singh -actual director ejecutivo de openDemocracy- sobre “[Delhi 2010: ¿Dónde se torció todo?](#)”, Hilary Wainwright sobre “[Un exceso de democracia](#)”, Alan Finlayson sobre [el laborismo azul](#), [Niki Seth-Smith](#) sobre [la izquierda y la “Gran Sociedad”](#) -incluyendo a [Neal Lawson](#) y [Sunder Katwala](#) y un hilarante relato sobre los [secuestradores del espacio](#)-, Daniel Trilling y Jamie Mackay sobre “[La extrema derecha más allá del estereotipo: monetarismo, medios de comunicación y clases medias](#)”, Philippe Marlière sobre [Charlie Hebdo](#), Clare Sambrook sobre ‘Todo está bien [para Michael Gove](#)’ y Gaspar Miklos Tamas ‘[Sobre la solidaridad](#)’...

El resultado, sin embargo, fue como una espléndida orquesta de brillantes intérpretes calentando motores sin director a la vista. Todos tocaban sus

instrumentos, pero pocos escuchaban la música de los demás. No se creó ninguna ópera nueva que atrajera suscripciones o garantizara el apoyo financiero necesario.

En respuesta, había experimentado con “secciones” autofinanciadas dentro de openDemocracy, empezando en 2006 con [50.50](#), un proyecto sobre igualdad de género, editado inicialmente por [Jane Gabriel](#). Tony Curzon Price lo amplió. En 2007 apareció OurKingdom, más tarde [openDemocracyUK](#) que me pidió que editara. En 2009, [Susan Richards](#), cofundadora de openDemocracy, y [Zygmunt Dzieciolowski](#) lanzaron oD Russia. [Tom Rowley](#) lo llevó adelante como [oDR](#) para cubrir todo el espacio postsoviético, especialmente Ucrania, publicando tanto en inglés como en ruso. A partir de 2010, [Clare Sambrook](#) y, más tarde, [Rebecca Omonira-Oyekanmi](#) llevaron a cabo potentes investigaciones sobre cuestiones sociales en el Reino Unido bajo el lema [Shine A Light](#). Y en 2011 openDemocracy respondió a la “Primavera Árabe” con Arab Awakening, publicada en inglés y árabe, editada por [Walid el Houri](#) y posteriormente rebautizada como [North Africa, West Asia](#).

Fue un modelo inspirador. Michael Edwards lanzó [Transformation](#) en 2013 para considerar “[el amor que hace justicia](#)”, la intersección de lo personal y lo político. [Beyond Trafficking and Slavery](#), dirigida por Cameron Thibos, comenzó en 2014. En 2015 llegó [democraciaAbierta](#), editada por [Francesc Badia i Dalmases](#), centrada en América Latina en inglés, portugués y español; y en 2016 [New Thinking for the British Economy](#), que evolucionó hasta convertirse en [nuestraEconomía](#) en 2019.

A pesar de este enfoque “federal”, las pérdidas financieras se acumulaban cuando, en 2012, Magnus Nome fue contratado para hacerse cargo (en parte gracias a [un artículo no solicitado](#) que había enviado y que se hizo viral: desmontaba de forma forense la cobertura estadounidense de la masacre de Utøya). Heredó una crisis que él no había provocado. Entre los muchos y generosos donantes, David y Elaine Potter merecen un reconocimiento especial. Gracias a ellos, se lanzó una enorme campaña de fondos de contrapartida pidiendo a los lectores que salvaran a openDemocracy de la quiebra. En 2013, Magnus pudo escribir “¡Lo conseguimos!”, ya que 250.000 libras garantizaron la supervivencia del sitio.

El statu quo se vuelve tóxico

Pero el sitio web se enfrentaba a un problema fundamental. openDemocracy se fundó para albergar un debate honesto y democrático sobre un mundo reconfigurado

por la globalización. En su lugar, se había enfrentado a la erupción del terrorismo y a la necesidad de oponerse a la “guerra contra el terror” orquestada por Washington. En 2005, [Isabel Hilton](#) había insistido en que para ello ella y yo escribiéramos un ensayo conjunto. Se había convertido en la editora de contenidos de openDemocracy y quería exponer nuestra perspectiva. En “[Democracia y openDemocracy](#)” enumerábamos los principios jurídicos universales y los valores fundamentales de la democracia -que veíamos como un “antifundamentalismo”- y acogíamos con satisfacción el “calentamiento democrático” señalado por la oposición internacional a la invasión de Irak. Esto, único para un movimiento de protesta, tuvo lugar antes del acontecimiento y demostró que las calles eran ahora más sabias que las élites.

Police move in to clear Occupy Wall Street camp, November 2011; a placard reading

Image not found or type unknown

La policía interviene para desalojar el campamento de Occupy Wall Street, noviembre de 2011 | Spencer Platt/Getty Images

El calentamiento se [desbordó](#) en el movimiento Occupy, sólo para ser suprimido por la reacción. La globalización liderada por Estados Unidos cambió de naturaleza tras tres desastres: la humillante derrota de las invasiones de Irak y Afganistán; el crack financiero y la forma en que se salvó a los bancos; y las revelaciones de Snowden sobre el Estado de vigilancia.

Una intervención irónica (o cameo) ilumina lo sucedido. En un intento por comprender lo que Snowden había desvelado, [entrevisté a Michael Hayden](#), el general del ejército estadounidense que había supervisado la creación del estado de vigilancia de Estados Unidos tras el 11-S. En aquel momento era la persona más de derechas que jamás había conocido. En aquel momento era la persona más derechista que había conocido. Le dije que, como su sistema lo sabía todo sobre mí, amenazaba mi libertad. No estuvo de acuerdo y dijo que yo estaba bastante a salvo porque era “poco interesante”. Estaba seguro de que los datos de todo el mundo estaban en buenas manos y sólo podían utilizarse para localizar a terroristas y delincuentes. Hoy Hayden se ha convertido en uno de los principales críticos militares de Donald Trump. Ahora teme que si Trump recupera la presidencia explotará las bases de datos que Hayden inició de una forma que el propio Hayden me dijo que nunca ocurriría.

Este mundo, en el que la dinámica del “statu quo” se ha vuelto tan negativa, exige un enfoque más combativo que el descrito por Susan Richards. La primera aparición ficticia de openDemocracy fue en 2003, en el desenlace de “Amigos absolutos”, de John le Carré, ligeramente disfrazada de “página web sin ánimo de lucro comprometida con la transparencia en la política”. Esto sugería un papel diferente: exponer y revelar irregularidades libres de la mancha de los intereses creados.

2014: El perro guardián de las denuncias

Este fue el camino que Mary Fitzgerald desarrolló tras convertirse en redactora jefe en 2014. Como escribió en [su primera declaración a modo de manifiesto](#), el sitio debería centrarse en “reportajes, análisis y debates de alta calidad que cuestionen las estructuras subyacentes del mundo en que vivimos, sin limitaciones por imperativos comerciales o lealtades políticas. Que plantee preguntas incómodas y suscite respuestas adecuadas y reflexivas”.

Entendíamos a nuestro país, pero nuestro país no quería ser “entendido”

Cinco meses más tarde publicó el [sorprendente relato](#) del periodista Peter Osborne de por qué dimitía de The Telegraph. Informaba de que había descubierto deshonestidad en sus prácticas editoriales que sus propietarios no rectificaban. Su artículo se hizo viral y, por primera vez, openDemocracy impresionó a la clase dirigente del Reino Unido. Fue una lección que Mary aprovechó.

El referéndum sobre el Brexit fue un momento decisivo y duro para mí. Cuando se anunció, Laura Sandys, exdiputada conservadora y presidenta de la junta directiva de openDemocracy, intuyó de inmediato que los partidarios del Brexit [perderían](#) la partida. Fue después de que Michael Gove y Boris Johnson, ambos miembros destacados del Gabinete, se declararan a favor de la salida, cuando yo también me di cuenta de que la clase dirigente podía perder, ahora que estaba dividida. Le pregunté a Mary si podía escribir un libro titulado “[¡Caray, podría ser el Brexit!](#)”, un capítulo a la semana en openDemocracy. Le encantó la idea. Un capítulo decía por qué, si se perdía el referéndum, sería un voto inglés el que lo habría hecho oscilar. Nadie hizo caso. Entendíamos a nuestro país, pero nuestro país no quería ser

“entendido”.

Periodismo plus

Tras el referéndum, en 2017, Adam Ramsay, que ha desempeñado un papel crucial en el crecimiento de openDemocracy, se unió al periodista freelance Peter Geoghegan para escribir sobre [‘El “dinero oscuro” que pagó el Brexit’](#). Esta vez, la gente sí se dio cuenta. Peter se unió entonces a openDemocracy para mantener la presión. Desarrolló lo que denominó “periodismo plus”, que consistía en hacer campaña además de informar, un enfoque que ayudó a cambiar la legislación británica sobre donaciones políticas y a acabar con los esfuerzos de la Oficina del Gabinete por subvertir la libertad de información.

openDemocracy adquirió importancia internacional -y financiación de fundaciones- al dejar de ser considerada un “medio alternativo” y encontrar su lugar en primera línea de la batalla por los derechos humanos.

También en 2017, Mary respaldó las [revelaciones](#) de [la](#) editora de 50.50, [Clare Provost](#), sobre el movimiento “alarmantemente eficaz”, coordinado por fundaciones reaccionarias estadounidenses, para hacer retroceder los logros del feminismo bajo la falsa bandera de “proteger a la familia”, y así nació el proyecto [Tracking the Backlash](#). Su equipo ha testificado ante el Parlamento Europeo, ha provocado investigaciones oficiales de alto nivel en todo el mundo y ha llevado a importantes organizaciones humanitarias internacionales a cambiar a quién dan dinero.

Al comprometerse activamente con el cambio, en el Reino Unido y en todo el mundo, openDemocracy adquirió importancia internacional -y financiación de fundaciones- al dejar de ser considerada un “medio alternativo” y encontrar su lugar en primera línea de la batalla por los derechos humanos.

Peter Geoghegan asumió el cargo de redactor jefe en 2021, y lo dejó en junio de este año. Juntos, él y Mary supervisaron una segunda década transformadora. La primera década de openDemocracy se había definido por la determinación, contra viento y marea, de debatir un orden mundial de asfixiante seguridad en sí mismo. Su segunda década comenzó con el colapso de la arrogancia del mercado, el auge de la reacción desnuda y la aceleración del cambio climático. openDemocracy aprendió a denunciar, educar y resistir, y a recaudar los fondos y el apoyo de los lectores para

hacerlo.

A lo largo de ambas décadas, openDemocracy creó asociaciones y se introdujo en otros foros, como con el bestseller de Peter “[Democracia en venta](#)”. En 2003, nos asociamos con Demos y la Agencia Holandesa para los Solicitantes de Asilo para lanzar [People Flow](#); en 2008, trabajamos con el Ministerio de Justicia del Reino Unido para evaluar [la participación ciudadana en la web](#); en 2009, organizamos [la Convención sobre la Libertad Moderna](#), dirigida por Henry Porter con The Guardian y los tres Rowntree Trusts; en 2011, la sección del Reino Unido publicó “[Fight Back!](#)” sobre el invierno de la protesta, editado por Dan Hancox y otros (el primer colectivo editorial que ha sido acorralado por la policía). Esta semana se hizo pública una nueva gran colaboración, cuando el Servicio Mundial de la BBC y una emisora keniana proyectaron [un nuevo documental de openDemocracy](#) sobre el derecho al aborto en Kenia.

El gángster internacional

¿A qué se enfrentará el nuevo redactor jefe, que pronto será anunciado, cuando lleve el sitio web a su tercera década? El primer reto es el auge del gángster internacional.

Sus principales matones son los umbilicalmente conectados Trump y Vladimir Putin, detrás de ellos la inminente intransigencia de Xi Jinping; alrededor de su troika los mafiosos menores que dirigen Turquía, Irán, Egipto, Arabia Saudí, Hungría, Corea del Norte, Zimbabue y, esforzándose por asegurar su dominio, Narendra Modi en la India. Juntos comparten su aversión por la democracia, los derechos humanos, la libertad de expresión y el Estado de derecho, tanto nacional como internacional.

¿Por qué ha surgido este conjunto de monstruos de la era de la primacía estadounidense, una era que se inauguró en 1992 cuando, con “alegría... en el corazón”, el Presidente Bush padre proclamó: “Un mundo antaño dividido en dos bandos armados reconoce ahora una única y preeminente potencia, los Estados Unidos de América”?

Parte de la respuesta es que la preeminencia de Wall Street después de 1992 se basaba en una ortodoxia política que ahora se ha hecho añicos. El orden neoliberal de “el mercado sabe más” fue siempre una estrategia política más que una teoría económica. Era la política de la despolitización, de la desagregación de la sociedad

en individuos competidores que veían poco o ningún sentido en votar.

Para neutralizar las amenazas populistas a su supremacía, los viejos liberales tienen que deshacer la misma “antipolítica” que se pasaron décadas perfeccionando

La estrategia se vio amenazada por el “calentamiento democrático”, ya que los votantes potenciales empezaron a repolitizarse. Sigue creciendo un rechazo generalizado aunque incipiente, obstinado aunque sin líderes, de la impotencia. Las revoluciones “de colores”, el movimiento Occupy, la Primavera Árabe, el levantamiento de los paraguas, #MeToo, Black Lives Matter, a los que hoy se une la oposición a la amenaza de genocidio en Gaza.

Aunque caliente, el “calentamiento democrático” no es todavía una alternativa eficaz al statu quo. Los grandes medios de comunicación menosprecian sus protestas porque ellos mismos forman parte del sistema de poder al que amenazan. Pero la internacional gangsteril es la respuesta más seria, especialmente la rama liderada por Trump en EEUU, donde la nueva generación de oposición radical está mejor organizada y es más práctica. El republicanismo trumpista pretende cerrarles el paso.

El centro liberal tradicional ve el ascenso de la extrema derecha como algo irracional. Pero se entiende mejor como una respuesta al fracaso del viejo orden a la hora de mantener a raya las demandas democráticas de políticas más igualitarias. Por su parte, Joe Biden puede verse como un inteligente contraataque a la amenaza de Trump por parte del ala liberal de ese viejo orden. Estos liberales tradicionales estadounidenses quieren preservar los fundamentos del Estado de derecho y la democracia, especialmente la transferencia legítima del poder ejecutivo que les protege de la dictadura. Para lograrlo, necesitan demostrar que el gobierno puede empoderar y beneficiar al “pueblo”, para contrarrestar la retórica antiélite de Trump. Irónicamente, sin embargo, para neutralizar las amenazas populistas a su supremacía, los liberales más veteranos tienen que deshacer la misma “antipolítica” que pasaron décadas perfeccionando.

Pero la generación de Biden no encuentra la voz para lograrlo. Excepto, digo con suerte, mediante la alianza con los progresistas -un proyecto que, como intenté mostrar en un [breve vídeo](#) para openDemocracy, está en el filo de la navaja.

La nueva oposición

¿Puede surgir una oposición de éxito que haga retroceder a la mafiosa internacional, sustituya el statu quo, invierta sus desastres y garantice los fundamentos de la democracia? No es imposible. Está surgiendo una política ecologista, feminista y participativa. Aunque no es necesariamente socialista, trata de domar las desigualdades del capitalismo, hacer retroceder la corrupción y exigir unos medios de comunicación veraces. A principios de este año, escribiendo en Byline Times, la denominé la [Izquierda Definitiva](#). La he debatido en [Compass](#) con la diputada verde Caroline Lucas y en [Red Pepper](#) con el historiador ruso Kirill Kobrin.

A crowd of people in black T-shirts reading

Image not found or type unknown

La Voz Judía por la Paz ocupa la estación Grand Central de Nueva York el 27 de octubre de 2023 | Kena Betancur/AFP via Getty Images

Parte de la originalidad de la Izquierda Definitiva es su conciencia de nuestros cuerpos: es una política de nuestra especie y géneros, así como de clase y país. Es un cambio que el filósofo Achille Mbembe [plasmó en un debate en directo de openDemocracy](#) con un llamamiento a favor del “derecho a respirar”, tras el golpe de Covid y el linchamiento por asfixia de George Floyd. Fuimos testigos de una llamativa intensificación de la solidaridad humanista en oposición al orden actual cuando el grupo Jewish Voice for Peace cerró la Grand Central Station de Nueva York en octubre en protesta por la guerra contra Gaza. Es una forma de solidaridad en la que openDemocracy encaja a la perfección.

En 2024 openDemocracy se enfrentará a nuevos problemas. Empezando por el Reino Unido, podemos describir el Brexit como el Trump británico, sólo que no se puede expulsar. Su sustitución exigirá una nueva narrativa para reemplazar a “Gran Bretaña”: tal vez nuestras naciones separadas sólo puedan unirse a la UE de forma independiente. Pero la propia UE también ha cambiado. Al principio era un “proyecto de paz”. Ahora está en guerra apoyando a Ucrania contra el Putinismo. La sección

oDR informó de ello con gran originalidad, como Susan Richards y yo describimos cuando hicimos un llamamiento a favor de su continuación. El propio Putin subió al poder en oposición al expansionismo estadounidense, pero se ha convertido en una expresión grotesca de los peores aspectos del capitalismo estadounidense. Ahora el vórtice se retuerce de nuevo sobre Jerusalén.

Enfrentarse a ello es todo un reto. Hace falta un planteamiento que trate de comprender las fuerzas que actúan, además de exponer sus corrupciones. Pero me siento tranquilamente confiado. Cuando lanzamos openDemocracy, la idea de cuestionar el orden imperante parecía quijotesca: la globalización, con sus múltiples energías, se llevaba todo por delante. Hoy parece extraño, sobre todo a los jóvenes, querer mantener el rumbo actual. Tal vez, por fin, haya lectores en todo el mundo para una investigación crítica del statu quo y de cómo sustituirlo.

Por último, está el reto de la inteligencia artificial. openDemocracy nació en el ciberespacio antes de que las redes sociales y los teléfonos inteligentes lo transformaran por completo como entorno de información. Se las arregló, a veces torpemente, para responder a esos retos. Ahora, otra liberación de energía amenaza con cambiar las reglas del juego.

Para sobrevivir, prosperar y ser escuchada a pesar de ello, openDemocracy tendrá que seguir escuchando, siendo abierta, siendo creativa.

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Open democracy. De la globalización a la identidad: 11 de septiembre; La policía arresta a Patsy Stevenson en 2021 en una vigilia en Londres por la activista Sarah Everard, a quien un oficial de policía británico secuestró, violó y asesinó. |

Seth McAllister/AFP via Getty Images; Kristian Buus/In Pictures via Getty Images

Fecha de creación

2024/01/08